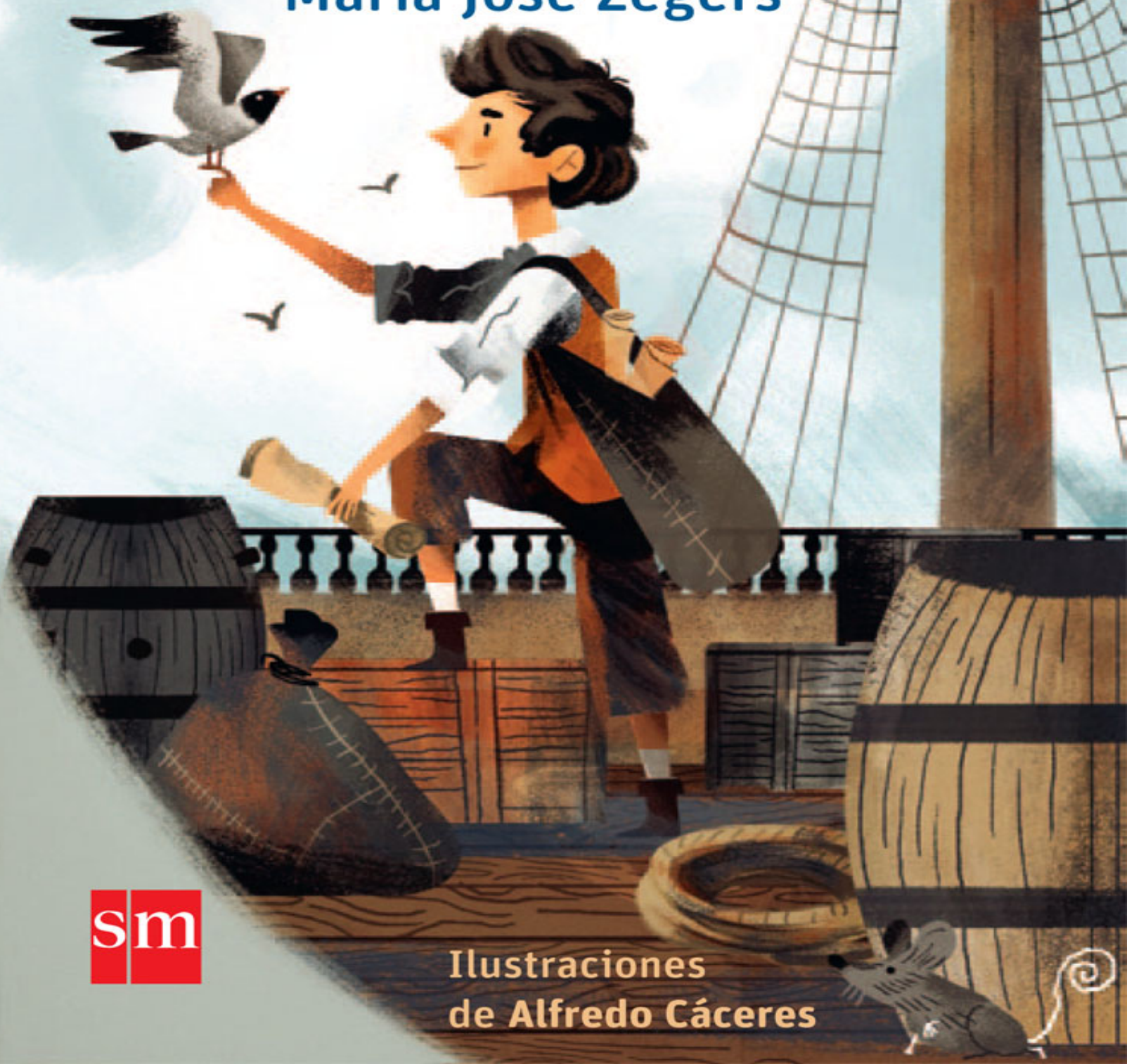




EL BARCO  
DE VAPOR

# Alonso, un conquistador de diez años

Magdalena Ibáñez  
María José Zegers



sm

Ilustraciones  
de Alfredo Cáceres



# **Alonso, un conquistador de diez años**

Magdalena Ibáñez  
María José Zegers

Ilustraciones de  
Alfredo Cáceres



# EL VIAJE

de Alonso



AMÉRICA

OCEANO ATLANTICO

OCEANO PACIFICO

San Lorenzo  
Ciudad de Panamá



EUROPA

ÁFRICA



# ● 1

## ADIÓS A TORREMOCHA

ERA UN OSCURO DÍA DE INVIERNO. A través de mi ventana podía ver los árboles desnudos de hojas, azotados por el viento. Gruesas gotas de lluvia golpeaban el tejado de mi pequeña habitación. Acababa de despertar y me sentía feliz.

Para mí no era un día cualquiera: era el nueve de febrero de 1539 y yo cumplía diez años.

Salté rápidamente de la cama a pesar del frío y, tiritando, me vestí. Al lavarme la cara, me vi reflejado en el agua de la palangana. Realmente había cambiado. “¡Pero si casi soy un hombre!” pensé, al ver mi rostro. Mis oscuros cabellos caían desordenados sobre la frente y casi tapaban mis ojos. Mi padre siempre decía que eran tan negros que parecían carbón.

¡Mi padre! ¿Qué sería de él?

Apenas recordaba el momento en que se marchara de nuestro pueblo de Torremocha, hacía cuatro años, a las lejanas y misteriosas Indias. Durante esa larga ausencia, muchas veces pregunté a mi madre:

—¿Por qué tuvo que partir? ¿Por qué nos dejó?

Ella, con paciencia, me explicaba una y otra vez que mi padre había viajado al Nuevo Mundo en busca de mejor suerte.

—Alonso —me decía—, tu padre se fue porque la vida aquí, en Torremocha, es muy dura. Con inviernos tan fríos y veranos tan calurosos no podemos tener buenas cosechas, y todos dicen que en las Indias no es difícil hacerse rico. Son muchos los de aquí, de los pueblos de Extremadura, que han partido a probar fortuna.

Yo estaba resuelto desde hacía mucho tiempo. Había decidido que cuando cumpliera diez años, me marcharía a buscarlo. El momento había llegado. Solo me faltaba convencer a mi madre, a quien no había dicho ni una palabra sobre mis proyectos.

Ese día me senté junto al fogón, mientras ella, como todas las mañanas, preparaba el desayuno. Entonces me atreví a hablarle de mis planes.

—Madre —le dije—, desde que mi padre se fue, lo único que he deseado es ir a encontrarme con él.

—¡Alonso! —interrumpió, mirándome espantada—. ¡Te has vuelto loco!

—Pero, madre, déjame explicarte...

—¡Ni una palabra más! Ya es demasiado para mí vivir sin noticias de tu padre, sin saber nada de él... ¡y ahora tú!... ¡Jamás lo permitiría!

Esperé que se tranquilizara y volví a hablar. Poco a poco logré que me escuchara, pero todo era inútil. No podía convencerla.

—Alonso, tú tienes solo diez años —decía una y otra vez—. No puedes emprender un viaje tan largo y peligroso. Quizás cuando seas algo mayor...

—¡Pero, madre, yo ya soy capaz! ¿Cuántas noches he pasado solo, cuidando las cabras en el campo? ¿Recuerdas todas las veces que he ido a Montanchez, llevando recados del señor cura?

—Sí, hijo, pero... —intervino mi madre.

—¡Y esa vez que salvé a Paco cuando cayó al pozo de la plaza! —continué seguro de la validez de mis argumentos.

Conversamos muchas horas y cuando todo parecía perdido le dije:

—Además, he hablado con el señor cura, y me ha dicho que si tú lo permites, mañana puedo viajar con él hasta Mérida. Allí me indicará dónde buscar a alguien con quien pueda seguir hasta Sevilla para embarcarme hacia las Indias.